

1328

La tercera dilución.

En el estado caquético y en ciertos períodos colicativos, así como también en las enfermedades del corazón cuando llegan á cierto grado de gravedad, habrá necesidad hasta de descender á la cuarta dilución. Es raro, pero no inaudito, que haya precisión de descender aún más abajo. En cualquiera dilución á que se baje, siempre habrá en ella cierta dosis de medicamento, lo cual hoy día está demostrado, como lo veremos dentro de un instante. Todo está en dar á la sustancia medicinal primitiva la forma necesaria para que pueda absorberla con provecho el sujeto para quien está destinada. No se debe ni quedar muy por arriba, ni descender más abajo en la forma que se quiere administrar.

.....

1329

La acción de las dosis infinitesimales.

Nadie puede negar que la materia es divisible al infinito. Si un centigramo de sal se pone en cien gramos de agua, cada gramo contendrá una diez milésima de gramo de esta sal; si tomamos un gramo de esta disolución y le mezclamos con otros cien gramos

de agua pura y esta operación la repetimos muchas veces, se obtendrán atenuaciones cada vez más débiles de la sustancia primitiva, pero cuya cantidad exacta podremos fijar siempre por una cifra, y gracias á la pila de Bunsen se llega hasta encontrar de hecho y demostrar *de visu* una tres millonésima de miligramo de sódium, una cinco billonésima de miligramo de litio, cantidades equivalentes á las quintas y sextas diluciones. Un químico alemán ha podido llegar á demostrar, por medio del aparato de Marsh, la presencia del arsénico hasta la trigésima dilución. Además hay enfermos que perciben el gusto del fósforo á la duodécima dilución, y el del azufre á la trigésima; esto está fuera de duda.

¿Por qué admirarse cuando se sabe que un grano de oro se puede dividir en 746 millones de partes *visibles*, que Bander ha reconocido la 720,000 millonésima parte de un grano de este metal, y que con un microscopio de 120 diámetros de aumento se puede encontrar en ese mismo grano 3,600 trillones de partes visibles?

No es posible, por tanto, negar que las diluciones homeopáticas contienen realmente, bajo cierta forma, el medicamento designado. Pero ¿se halla en una forma capaz de desarrollar su acción? Esa es la cuestión que tenemos que resolver; es decir, la acción de las dosis infinitesimales.

Cuando se trata de medicamentos, hay que

ocuparse más de su calidad que de su cantidad. Así es que todo el mundo confiesa que un mismo medicamento puede tener dos acciones, una local y otra general, las cuales con frecuencia, por no decir siempre, están en razón inversa la una de la otra; la primera es resultado del contacto del agente terapéutico con el órgano; la segunda se produce á consecuencia de su absorción y de su paso al torrente circulatorio. Una y otra acción se obtienen á voluntad, según la manera como se administra el medicamento; así una fuerte dosis de emético hace vomitar, mientras que una dosis débil de esta sal, disuelta en un litro de agua y tomada en pequeñas fracciones no obra sobre el estómago sino que pasa á la circulación y cura la pulmonía. En la misma alopátia, un purgante ligero basta para contener la diarrea. ¿Por qué? porque en vez de obrar directamente sobre el órgano obra sobre el conjunto del organismo. La nuez vómica, que tomada á grandes dosis produce horribles gastralgias, en pequeñas dosis cura los calambres del estómago; el mercurio á fuertes dosis, determina los mismos síntomas que la enfermedad específica que cura á dosis débiles. El arsénico, que, dado como veneno lento, enflaquece y debilita, los médicos lo ordenan en otra dosis más débil para fortificar y hacer engordar; en virtud de igual principio, Mr. Pasteur inoculara la rabia para curarla después de haber debilitado el

virus por medio de cultivos y diluciones excesivas, así como Jenner había encontrado la manera de preservar de la viruela por la inoculación de la varioloide atenuada y que se llama vacuna.

Así, pues, de estas dos acciones, una local y otra general, la que se busca en homeopatía es esta última, de donde resulta que en este sistema un medicamento es tanto más activo cuanto que con más facilidad sea absorbido, y toda la parte de él que no pasa al organismo entero es nula y como si no existiera. Por esto se comprende cómo la dilución homeopática, separando las moléculas de los cuerpos, hace que su paso al organismo sea más seguro, más completo y más rápido, y por consiguiente su acción medicinal mucho más fácil.

Este principio está, por lo demás, admitido también en alopátia bajo la forma siguiente: un medicamento obra tanto mejor cuanto sea más soluble. Así el citrato de quinina, más soluble que el sulfato, debe administrarse á dosis más débil para conseguir el mismo resultado; así también sería imposible administrar la misma dosis de éter ó de cloroformo en vapor, que de éter ó cloroformo líquidos. En resumen, un medicamento es tanto más activo cuanto que tenga mayor superficie y menor espesor, y que sus moléculas tengan una movilidad lo más aproximada á la constitución del gas.

Los procedimientos homeopáticos conducen á este doble resultado. Un grano de mercurio mezclado con 99 de azúcar de leche ocupa una superficie cien veces mayor que antes, y al fin de la segunda trituration su superficie es diez mil veces mayor, á la vez que la cohesión que retenía sus moléculas constitutivas habrá disminuido otro tanto. Su absorción será entonces mucho más fácil, y por lo tanto la dosis deberá disminuirse en proporción de lo que haya podido aumentarse su energía.

La acción de los medicamentos muy divididos se observa bien y con frecuencia en la vida práctica.

En un barco cargado de trementina ocurre muchas veces que los marineros sienten síntomas graves en la vejiga de la orina, á causa de las emanaciones, bien insensibles por cierto, que se desprenden de las profundidades de su habitación flotante.

Basta dormir en una pieza recientemente barnizada para que las orinas adquieran un fuerte olor á violeta. En fin, el aire de las fábricas de albayalde, de cobre ó de colores arsenicales, etc., etc., produce á veces efectos extraordinariamente graves en los operarios que trabajan en ellas, y sin embargo, no absorben sino pequenísimas cantidades, pues son cosas que ni las percibe ni las ve ninguno de nuestros sentidos.

Y los miasmas, esas realidades intangi-

bles, impalpables, invisibles, imponderables, ¿podréis decirme cuántos centigramos se necesitan para que produzcan la fiebre palúdica, el tífus, la parálisis saturnina, el cólera, la fiebre amarilla ó sencillamente la pulmonía?

Y los venenos ó virus orgánicos, ¿cuántos céntimos de miligramo son necesarios para envenenar á veces completamente y para siempre una constitución humana? La misma ciencia patentiza, la ciencia académica ¿no ha reconocido que los líquidos virulentos conservan sus propiedades infecciosas hasta la sexta dilución?

Y respecto de los microbios, ¿cuál no ha sido el asombro de esta misma ciencia al demostrar el formidable poder de estos infinitamente pequeños, pero también cuánto ha sido su error al pretender atacar estos enemigos impalpables con dosis macizas, como lo ha hecho en la última epidemia de fiebre tifoidea en París! Hasta el punto que uno de nuestros médicos más distinguidos exclamaba á este propósito en plena Academia: "Al querer matar el microbio, ¿no habéis matado más pronto al portador de esos parásitos?" Sabéis que hay sabios que se apasionan por el cultivo de estos vegetales microscópicos y de estos microbios; pero ¿sabéis lo que se necesita para detener el desarrollo y la vida de estos seres tan pequeños? Bien poca cosa. Tomad como ejemplo el *As-*

pergillus niger; en el momento en que esta planta se halla en pleno desarrollo en un líquido, basta, nos dicen esos señores, añadir al líquido una seiscientas milésima parte de nitrato de plata para que en el acto desaparezca todo signo de vegetación; y ni aun en un vaso de plata, añaden, pueden comenzar esta vegetación, por más que la química sea impotente para demostrar que una porción de la materia del vaso se disuelve en ese líquido; pero la planta lo demuestra muriendo.

¿Cuál es, dice el doctor Jousset, la dilución homeopática que corresponde á la cantidad de metal del vaso de plata que se disuelve en el líquido? Es lógicamente imposible negar, después de esto, la acción de nuestras diluciones á la duodécima y á la trigésima.

.....
 En las aguas minerales las dosis ponderables de la sustancia medicinal no están en proporción con los efectos que producen, así lo confiesa la ciencia; en algunas ni aun se descubre algo que dé razón de sus efectos, ni con los aparatos que sirven para demostrar las sustancias contenidas en las bajas diluciones homeopáticas, y sin embargo, esas aguas producen efectos positivos é innegables, y por consiguiente, como no hay efecto sin causa, existe sin duda alguna en ellas un agente medicinal cierto y positivo; existe sí, en efecto, pero en dosis infinitesimales.

Si consideramos las plantas y su vida misteriosa, encontraremos otras pruebas de la acción de las dosis infinitesimales, gracias á Darwin; este sabio inglés, al estudiar la acción digestiva de las glándulas de *Drosera rotundifolia* (hierba del rocío), demostró que era suficiente una 20 millonésima de sulfato de amoniaco para producir un acto fisiológico bien definido en cada una de las glándulas de la hoja. "El lector, dice á propósito de esto M. Darwin, podrá figurarse mejor semejante dilución, representándose cinco centigramos de esta sal disueltos en 140 litros de agua, y sólo algunas gotas de esta dilución vertidas sobre una hoja son bastante para determinar la inflexión de cada tentáculo, y muchas veces hasta la del tallo de la hoja. De hecho, continúa este sabio célebre, cada vez que percibimos un olor, es evidente que impresionan nuestros nervios partículas infinitamente más pequeñas; cuando un perro está á algunos cientos de metros de distancia de un ciervo ó de otro animal y percibe su presencia, las partículas odoríferas producen ciertos cambios en sus nervios olfatorios; así pues, esas partículas odoríferas deben ser infinitamente más pequeñas que las del fosfato de amoniaco, cuando pesa 20 millonésimas de grano estos nervios transmiten entonces al cerebro del animal una impresión que se traduce por actos exteriores."

Entre los siete ú ocho fermentos digestivos que cada uno tiene el encargo especial de disolver ó transformar una especie particular de alimentos, hay el que se llama *Diástasa ó Ptyalina*, que se encuentra en las secreciones de las glándulas salivares y del páncreas y cuya función es transformar la fécula en azúcar y en dextrina.

La diástasa, como los demás fermentos digestivos, forma parte de los fermentos solubles y no organizados, diferenciándose esencialmente de los otros organizados é insolubles en los que la levadura es el tipo común. Los primeros, al contrario de los segundos, no pueden ni multiplicarse ni nutrirse ellos mismos. Dios les ha concedido también una fuerza particular y muy poco en relación con su naturaleza, tan pobre en apariencia. Son, en efecto, productos de células vivas, pero no son vivos en sí mismos, su masa está constituida de una materia albuminoidea simple, pero en apariencia inerte; es el substrátum de una especie de fuerza particular del todo desconocida en los dominios ordinarios de la química.

Esta materia albuminoidea, en el momento de su elaboración por las células glandulares, está encargada de una forma de fuerza potencial especial, cuya energía no se manifestará sino por el contacto con la sustancia alimen-

tiencia que entre en su esfera de acción. Fuera de esta circunstancia única, es una masa de materia simple desprovista de fuerza y de energía. Ni aun en su acción propia sobre la clase de alimento que la conviene hay nada que se parezca á la afinidad química. Sus maravillosas propiedades no proceden de su tejido material, no dan nada que sea material ni toman nada material tampoco del cuerpo sobre el que obran. Es como una especie de desprendimiento eléctrico, que se produce en un momento dado por el contacto con la sustancia que corresponde. Esto sentado, ¿queréis saber cuánto se necesita de este fermento, llamado diástasa, para que transforme un grano de fécula? (la cual forma una parte tan importante y tan considerable de nuestra alimentación). Pues se necesitan unas 40 milésimas de grano. El sabio doctor Roberts es quien lo afirma y nos lo prueba mucho mejor que se ha probado la existencia de una porción de microbios, al menos en el sentido determinado que se quiere dar á esta palabra; y todavía, añade el doctor, hay otros experimentadores que han conseguido resultados mucho más maravillosos.

Pero, tal vez digáis que todo esto se refiere á potencias vitales, potencias misteriosas que el hombre no puede imitar jamás con sus medicamentos, y nada de eso prueba que podamos obrar del mismo modo.

A esto responderé con otro experimento del doctor Harrison Blackley, á propósito de la causa de lo que se llama en Inglaterra y en otros países la fiebre del heno. Todo el mundo sabe que ésta se presenta en la época de la siega á causa del polen de los prados, pero la dosis de este polen que se absorbe y produce los primeros síntomas es de un dos millonésimo de grano, en el grado medio próximamente de un 800 milésimo de grano, y en el período más agudo de un 60,800 milésimo.

Esto prueba que una dosis infinitamente pequeña de una sustancia vegetal, que por otra parte no posee propiedad alguna zimótica, es capaz de dar origen á una molesta enfermedad; además, añade el doctor Blackley, por alguno de sus caracteres el fosfato de amoniaco y la materia granulosa del polen se parecen á los fermentos solubles descritos por el doctor Roberts, y aparte de algunos cambios de palabras, á todos convendría la misma descripción; como ellos, como estos fermentos, no toman sus propiedades maravillosas de su tejido material; son el substrátum material de una forma de fuerza especial, pero no son esta fuerza; la energía potencial de que están cargados desde el momento de su elaboración original no se hace activa, como la de estos fermentos, sino por contacto con el tejido especial sobre el que son capaces de tener acción.

Así, pues, esta descripción, según Blackley, sería aplicable del mismo modo á la gran mayoría de las sustancias que se emplean en el tratamiento de las enfermedades. (En todo caso es absolutamente aplicable á los medicamentos electro-homeopáticos).

Por último, el doctor concluye con el siguiente razonamiento, parte más práctica todavía de la cuestión.

Es una dosis infinitesimal de materia granulosa del polen del heno la que produce la enfermedad; así, pues, esta sustancia se parece perfectamente á la fécula sobre la que tan poderosamente obra la diástasa, de lo cual se sigue que la diástasa de los jugos digestivos obra sobre esta materia granulosa de una manera muy poderosa.

Por tanto, estando admitido que la diástasa puede transformar 40.000 veces su peso de fécula, la cantidad necesaria para operar sobre la dosis de materia granulosa que produce la *fiebre del heno* debe ser excesivamente pequeña. Recuérdese que un 80.000 milésimo de grano tomado en veinticuatro horas es bastante para producir los primeros síntomas y un 6.800 milésimos para el período más agudo. Si dividimos estas cifras por 40.000 (proporción de diástasa que neutraliza la fécula), tendremos que en el primer período molesto de la enfermedad un..... 3.200.000.000 de milésimo de grano será suficiente para neutralizar la dosis diaria del

polen y un 272.000.000 milésimo para el estado más agudo.

La acción fisiológica de los infinitamente pequeños se encuentra, pues, en todas partes, al rededor de nosotros y dentro de nosotros mismos; y francamente, como dice el doctor Simón en su traducción de Hering, no hay autoridad que baste para dudar de esto, pues los hechos más vulgares, así como los más científicos, lo confirman en todas sus partes.

Una libra de plomo puesta en contacto con una partícula casi imperceptible de antimonio, se hace tan sensible al aire que se oxida mucho más pronto que de ordinario. El níquel era un metal casi imposible de trabajar antes que el doctor Fleitman hubiera descubierto que un milésimo de magnésium le daba para la industria todas las condiciones deseadas. Una placa de hierro que contenga veinte 100.000 milésimas de fósforo, es mucho más resistente que otra que contenga 21.100.000 milésimas. Nyst de Bruselas ha demostrado que el oro, añadiéndole 1.500.000 milésimo de silicium, se hace tan blando que una hoja nueva de este metal, compuesta de ese modo, se dobla por su propio peso.

El sabio Chevreul ha emitido un principio, que es el nuestro, y que da la razón de la superioridad de nuestras dosis; á saber: que

dos cuerpos disueltos en un agua medicinal producen un efecto órgano-léptico mucho más enérgico, en un mismo sentido, que el que producirían dos aguas medicinales que cada una no contuviese mas que uno de los dos cuerpos con exclusión del otro; y apoya este principio con una prueba química: "El carbonato de cal y el de hierro tienen una acción mucho más enérgica para enrojecer el fustete cuando obran simultáneamente que cuando lo hacen aislados uno de otro."

La "Electro-Homeopatía" tiene todas las fuerzas de que puede disponer la homeopatía, pero tiene además el saber unir estas fuerzas, y unir las, no de cualquier modo, como Bellotti y Finella, sino del modo como la naturaleza sabe hacerlo, y de ese modo las multiplicamos.

No terminaremos este capítulo de las diluciones sin hacer una observación importante, y es que las electricidades mismas pueden tomarse en dilución al interior, ya solas, ya mezcladas con la dilución del remedio que les corresponda.

Así, con los linfáticos, y en las diluciones que les son propias, una ó muchas gotas de electricidad roja; con los angióticos, y en las diluciones que les sean acomodadas, una ó muchas gotas de electricidad azul; la blanca

convendrá con todos de una manera general (excepto en personas más ó menos histéricas), mientras que la amarilla se reservará para las personas que estén bajo la dependencia de un tratamiento con el febrífugo, ó sencillamente bajo la impresión de una excitación más ó menos febril.

Tal es la regla general; pero como toda regla general tiene sus excepciones, corresponde al médico ó al enfermo inteligente saber apreciar las diversas circunstancias en las que sea más favorable el empleo de esta ó de la otra electricidad.

Lo más que se puede decir es que la experiencia, que, sin embargo, está lejos de haber dicho su última palabra en este punto, nos revela cada día efectos tan maravillosos como inesperados con el empleo de las electricidades, por lo tanto, es justo afirmar que de ordinario permanecen en los límites de las reglas generales que hemos indicado en el capítulo de las electricidades.

La verde, que no debemos olvidar, se empleará también con éxito mezclándola con los cancerosos, aun administrados al interior. (1)

(1) La dosis regular de la electricidad tomada al interior es una gota por vaso ó una gota por litro. Se pueden hacer también diluciones del primer vaso como con los demás medicamentos, con lo cual constituye recursos más numerosos y potentes que lo que se pueda imaginar.

Del régimen Electro-Homeopático.

Mr. Mattei y sus discípulos no han recomendado hasta ahora, en materia de régimen, sino una sola cosa: abstenerse de vinagre y de limón; de aquí el clamoreo y el disgusto de los aficionados á la ensalada y á las limonadas.

¿Por qué esta rigorosa prohibición? Nunca se ha explicado bien esto. Pero lo dijo el maestro, y todos lo repitieron con el más profundo convencimiento.

Mr. Bérard ha afirmado que estos ácidos son antídotos de los remedios electro-homeopáticos, pero ¿lo ha demostrado? No, señor; ha querido dar alguna razón al decreto del maestro, y nada más.

En cuanto á mí, lejos estoy de intentar probarlo mejor que él; creo que esos ácidos no son perjudiciales á la acción electro-homeopática sino en la proporción en que se oponen á una sabia higiene, y sobre todo al régimen que conviene en las diversas enfermedades. El régimen, sin embargo, debe merecer tanta más atención cuanto que la acción de los medicamentos empleados sea más delicada, como lo es la de todos los remedios homeopáticos. En estos casos, es cierto que el abuso del vinagre y del limón puede anular el efecto del tratamiento, tanto como el abuso del

tabaco, del ajeno y de todas las bebidas alcohólicas, pero no más que estas últimas sustancias.

Una cosa es beber vinagre ó zumo de limón, y otra cosa tomar ensaladas ligeramente envinagradas, ó refrescar con limonado bien hecha. Si en el primer caso el uso del vinagre y del limón es perjudicial, en el segundo es inofensivo y nunca podrá impedir el efecto de los medicamentos, á menos que esta alimentación sea inconveniente al estado particular del enfermo, ó le produzca una digestión más ó menos penosa, y por consiguiente la suspensión ó alteración más grave de las fuerzas vivas del organismo. Pero en ese caso, como hemos dicho, esto entra en el dominio del régimen ó higiene general.

Es preciso, por lo tanto, que al mismo tiempo que se den de lado las exageraciones de un rigorismo sin fundamento y casi supersticioso, se desconfíe también de la imprudencia, tanto más funesta cuanto menos reflexiva. Nuestros medicamentos, no nos cansaremos de recordarlo, si bien poseen en sí mismos una fuerza real é incomparable, no pueden ciertamente desenvolverla en su totalidad sino al encontrarse con el concurso simpático de tal ó cual fuerza viva del organismo, con la cual hayan de entrar en relaciones directas. Por esta razón se necesita que ésta permanezca en su franca naturaleza, con sus recursos y sus aficiones íntimas, con sus suscep-

tibilidades y todo cuanto forma el conjunto de sus instintos naturales, ya en estado sano, ya en estado enfermo. Si verificáis en estas fuerzas vivas un cambio radical más ó menos pasajero, más ó menos habitual, ya con narcóticos, con alcohólicos ó con ácidos violentos, nuestros medicamentos se encontrarán allí sobre un terreno más ó menos rebelde á su acción durante todo el tiempo que dure esta influencia. Allí está muchas veces el secreto de muchos descabros.

Esta es la verdadera filosofía del régimen y de la higiene, en lo que se refiere á nuestra terapéutica, y la base racional de todas las precauciones que deben tomar los enfermos que quieren conseguir en toda su extensión los efectos de nuestros medicamentos.

Cuáles son estas precauciones y cuáles las reglas que hay que observar para llegar á ese fin?

Es muy difícil formular sobre este particular reglas absolutas, como algunos han pretendido establecer para los medicamentos homeopáticos simples, prohibiendo tal ó cual clase de carne ó de legumbre, tal ó cual género de bebida, y permitiendo por el contrario, estos ó los otros alimentos ó sustancias. Puede decirse que todo esto es más relativo que absoluto, y dependiente de la forma especial del temperamento originario ó adquirido de cada uno, más que de la de-

cisión más ó menos sabiamente razonada de los teóricos. Hay, sin embargo, un principio general, siempre verdadero y siempre práctico en todas circunstancias, porque cada uno puede adaptarlo á su naturaleza, con ventajas tan ciertas como numerosas; evitar los excesos es el verdadero y único elixir de la longevidad, etc.

Sea lo que quiera, no puedo dispensarme de reseñar lo más brevemente posible el régimen que han adoptado los médicos electro-homeópatas de Alemania, y así podrá juzgarse entre sus prescripciones y las del tenebroso conde Mattei.

1331

Fiebre.

En este estado del cuerpo hay siempre alteraciones en la digestión—la producción del jugo gástrico se disminuye;—los enfermos apenas tienen apetito, y más bien una sed exagerada.—Es una lamentable preocupación no darles agua en ese caso.—Déseles el febrífugo en agua fría en pequeña cantidad y hasta añádase un pedacito de hielo.—Bebidas ligeramente aciduladas ó limonadas.—Si el enfermo desea algún alimento y tiene la lengua seca, désele una sopa ligera, sobre todo sopa de frutas, cerezas, arandos, ciruelas, peras y sorbetes de frutas.—

Más tarde, pescado, una vez al día; próximamente 250 gramos en frío, cocido con limón.—Más adelante gelatinas de carne—cabeza de ternera, y sobre todo carne salada y ahumada (la sal es antifebril).

1332

Fiebre escarlatina.

Caldo de ternera ó de vaca tres veces al día, á 38°.—En los intermedios compota de frutas ligeramente ácidas, mejor fría y un poco azucarada.—A los niños, sopas de leche también tres veces al día, y en los intermedios leche con agua de Seltz ó de St.-Galmier.—Agua fresca cuanta quieran, teniendo la precaución de disolver en ella un medicamento electro-homeopático.— Más tarde, carnes rojas asadas y Burdeos.

1333

Viruela, varioloide.

Como en la fiebre, y después del duodécimo día, cuando las pústulas se secan, asado de aves ó de ternera (pollos, ternera),—por la mañana caldo, nada de café.—Más tarde, carnes rojas, Burdeos, etc.—Ventilar la habitación todo lo posible, pues el mantener siempre las ventanas cerradas es una preo-

ocupación perniciosa en todas las enfermedades.

1334

Enfermedades de la garganta, difteria, principio de tisis.

Cocimientos de tila ó de otras flores.—Para la hora de comer, carne de cerdo magra y ahumada (reemplaza con ventaja el aceite de hígado de bacalao), pan tostado ó corteza de pan y vino de Burdeos.—Por la mañana leche, por la noche sopas de leche.

1335

Hidropesía é irritación de la vejiga.

Alimentos mucilaginosos.—Para bebida horchatas de almendra y de semente de cañamo,—vino blanco muy aguado.—Cocimiento de enebro,—asados de carnes rojas, de cordero, de vaca, de caza.—Espárragos.

1336

Diátesis gotosa, artritis.

Sobriedad y regularidad en las comidas, régimen mixto; pero mejor vegetal; nunca caza, crustáceos ni pescados de mar. Rara

vez, y sólo por excepción y tolerancia, un poco de café, té ó licores, vinos blancos ligeros, pero nada de vinos tintos ni cerveza fuerte; el agua pura medicamentada con el linfático será la mejor bebida.—Mucho ejercicio, y si es posible, hidroterapia electro-homeopática.

1337

Gota, reumatismo.

Al principio de los accesos, como en las fiebres.—Bebidas ligeras, alimentación mucilaginosas, gelatinas de carne, sopa de caracoles, juliana á la printannière, pescados de agua dulce fríos ó en gelatinas; más tarde, pollos ó ternera. Nada de café, porque produce ácido úrico que es la causa de los depósitos cretáceos en las articulaciones.—Nada de ácidos ni de frutas ácidas.—Mucha agua, y agua medicamentada muy á menudo.—Todo el ejercicio posible.

1338

Mal de piedra, cálculos de la vejiga.

Como en el anterior. Ejercicio muscular bajo todas sus formas, ó por lo menos bajo formas apropiadas á la edad, á la salud, á las ocupaciones y á los hábitos sociales de